

Purificando Nuestras Oraciones

“Y cuando ores, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar de pies en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres” (Mat.6:5). Jesús ahora retoma Su segunda ilustración de esa piedad libre de egoísmo que está totalmente centrada en Dios y sin engaño. Como lo había hecho en el caso de dar limosnas, Él denuncia la práctica conocida de los hipócritas religiosos.

La oración no es una opción espiritual. Esta descansa en el centro esencial de la relación del hombre con Dios. La verdadera justicia y la oración son inseparables. Esa es la razón por la que no hay nada más profano que jugar a las galerías cuando se supone que uno debe estar dirigiéndose a Dios. Es una clase de desprecio atrevido lanzado directamente sobre la presencia de la Majestad más alta. Es bastante malo jugar al juego hipócrita con el pobre. Es desastroso disimular en la presencia de Dios.

La oración por su misma naturaleza requiere la apertura del corazón en la más absoluta sencillez ante el Todopoderoso. Este espíritu nunca es mejor expresado que en la apelación de David: “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; Pruébame y conoce mis pensamientos; Y ve si hay en mí camino de perversidad, Y guíame en el camino eterno” (Sal.139:23-24). Cuando ponemos nuestras conversaciones con el Gobernante del universo al servicio de una vanagloria arrogante, hemos hecho un considerable avance en el arte de la corrupción espiritual.

Los ciudadanos del reino, dice Jesús, no deben orar como los hipócritas de la sinagoga. Los Fariseos y sus seguidores oraban, pero no amaban a Dios. Una vez Jesús adaptó las palabras de Isaías para describirlos: “Este pueblo de labios me honra; Mas su corazón está lejos de mí” (Mat.15:8). Su falta no era meramente indiferencia a Dios. Ellos podrían haber logrado esto al no orar en absoluto. Estos farsantes estaban usando la oración como un instrumento de auto elevación, un medio para establecer una reputación barata para la piedad.

El Señor en esta instancia no está dirigiendo un ataque contra la oración pública. Como anteriormente fue observado, el pecado de los Escribas y Fariseos no consistía en el ser vistos, sino en su *deseo* para ser vistos. Ellos amaban el orar, no por el amor a la oración o el amor a Dios a quien se estaban dirigiendo, sino por el amor así mismos y la ocasión que ésta les daba para colocar su piedad en exhibición. El estilo de las oraciones de los Fariseos era como es descrito en los encabezados de un periódico de servicio religioso, el cual, con referencia a la oración, decía, “La más fina oración jamás ofrecida en la congregación de Boston!”

El pecado de los hipócritas no consistía en estar de pie al orar (una práctica común entre los Judíos, Lucas 18:13) o el realizarla en las esquinas de las calles o en las sinagogas. La oración jugaba un papel importante en la vida religiosa Judía. En el

servicio del Templo, en la sinagoga y en otros lugares públicos, y en las devociones personales privadas. Algunas de estas oraciones eran establecidas por la tradición para ciertos períodos del día (Hech.3:1; 10:30) y pudo ser observada o pública o privadamente dependiendo de las circunstancias de uno. Los Escribas y los Fariseos, debido a sus amor por las celebridades (Mat.23:6; Mar.12:39), podrían probablemente asegurarse que la hora de la oración los encontrase en una calle principal. La oración privada podría no haber sostenido ningún atractivo para ellos.

“Más tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que está en secreto te recompensará en público” (Mat.6:6). Con el fin de hacer el empuje más intenso, Jesús se mueve del pronombre personal plural al singular. Él está aquí luchando con una actitud interior personal privada y no con las formas colectivas de adoración. Nuestra verdadera actitud hacia Dios se revela mucho más a través de las devociones solitarias que por las públicas. Sin embargo, tan seguramente como Jesús lo hace, no por estas palabras Jesús está prohibiendo la oración pública. Él está simplemente exhortando a sus oyentes a no ser diligentes en repeticiones privadas. Él no está ciertamente apelándoles a encontrar un lugar para hablar con Dios donde hubiese el mínimo de distracciones y sonidos. “el aposento” en este pasaje es completamente figurativo. La más grande distracción a la verdadera conversación con Dios no es el ruido u otras personas, sino el ego humano. Es de una mente egoísta que debemos escondernos nosotros mismos para orar a nuestro Padre en forma aceptable. No hay ningún refugio físico que nos pueda asegurarnos contra el orgullo. Este nos ataca dondequiera, aun en nuestros propios “aposentos” donde podemos ser encontrados deseando aun en nuestra soledad que alguien allá aprecie nuestras oraciones. Y más tarde, podremos satisfacer nuestro deseo al decirles a otros cuán largo y cuán a menudo hemos orado a solas.

Nuestras oraciones a Dios nunca pueden ser puras en cualquier lugar hasta que ellas se conviertan en las expresiones sencillas de una mente despreocupada y atrapada en el deseo de honrar y agradar al Único de quien fluyen todas las bendiciones. Debemos orar siempre (1 Tes.5:17) y en cualquier lugar (1 Tim.2:8). Orar en la asamblea de los santos y orar en nuestra cama. Orar en medio del bullicio de la multitud o en refugio tranquilo. Únicamente asegúrese que su corazón sea genuino y que su mente sea verdadera, que usted hable con Dios y no con los hombres. De otra manera, usted recibirá “su recompensa” por su vanidad (Mat.6:5b) – y está será una muy pobre recompensa ciertamente!.